



antes de que esto se convierta en una catástrofe».

Ante la ausencia de cualquier autoridad, ni Policía, ni Ejército, ni siquiera bomberos, la ciudad se hundió en la anarquía más completa en cuestión de minutos. La marabunta de los saqueadores entraba en los bancos y salía con sacos de los devaluados dinares de Sadam, otros se fueron al Hotel Ninevah y se llevaron todas y cada una de las televisiones, camas y hasta los lavabos de sus 350 habitaciones.

Amenaza a periodistas

No se salvó ni la Universidad ni, por supuesto, las oficinas de la Policía política. Los únicos edificios que se libraron del saqueo y el incendio fueron los que ya habían sido destruidos por los bombardeos. Coches, grúas, camiones, todo lo que tuviera ruedas y funcionase o pudiera ser remolcado era susceptible de convertirse en propiedad del primero en llevárselo. La gente hacía acopio de cosas en la acera, esperando a un familiar con la forma de llevarse todo el cargamento. Adolescentes que se habían hecho con fusiles cargados corrían de un lado a otro disparando al tuntún, y hasta un grupo de irritados militantes nacionalistas amenazó con granadas a los periodistas para que salieran de la ciudad. A media tar-

Miles de coches vaciaron en cuestion de horas las gasolineras

En el palacio de Sadam en Mosul

E. S. MOSUL

«Este es el despertar de la historia de Irak, que sigue avanzando». Estas palabras grabadas en piedra adornan la entrada del palacio de Sadam Husein en Mosul, casi lo único que ha quedado entero en este lujoso edificio, que ayer era lo más parecido a un parque de ferias, donde las familias con niños venían a pasearse con una mezcla de curiosidad y veneración.

En Mosul no se ha visto como en otras ciudades el derribo de la estatua de Sadam, porque el ambiente era sensiblemente más tenso. Aquí en la calle se podían escuchar los mismos insultos subidos de tono dirigidos tanto a Sadam como a Bush.

Tantos ex-militares tratan de pasar desapercibidos entre la población, que no es de extrañar que hasta haya habido rumores de que el dictador en persona había sido visto en la estación de ferrocarril el viernes a las tres de la madrugada. Donde no estaba seguro era en su opulento palacio, arrasado por completo por los saqueadores.

En cuestión de horas, el edificio de piedra y mármol se quedó completamente vacío, sin un solo mueble, ni una sola puerta ni señales de los lavabos. Tan ‘limpio’ quedó todo que algunos podían pasearse en bicicleta por los salones, mientras otros hacían puntería con los restos de las lámparas del techo.

Una persona, que se identificó como antiguo piloto comercial, miraba a su alrededor y se quejaba de la situación en la que queda el país: «Se ha gastado nuestra riqueza en armas y en esto, y al final, ya ve donde van a parar las cosas». Inútil buscar siquiera un papel por el suelo, porque lo único que había eran los trozos de los cristales rotos. «¿Usted cree que serán de oro?», preguntaba uno que se había hecho con las manecillas de una puerta.

de, varios grupos más o menos espontáneos, algunos claramente antiguos funcionarios, se organizaron para tratar de detener a los saqueadores, montando barreras en plena calle para obligarles a punta de fusil o a pedradas a dejar por el suelo todo lo que se habían llevado.

Las gasolineras se vaciaron en cuestión de horas, porque desde la antigua zona autónoma vinieron miles de coches a llenar todo lo que servía para transportar el combustible. Y cuando ya no salía por la manguera, en muchos sitios hicieron agujeros en los depósitos con tal de sacar algo más con cubos atados a una cuerda. Al final, la gasolina acabó agotándose en esta región petrolera, mientras sus sorprendidos habitantes reconocían que, por primera vez en muchos años, «la electricidad funciona sin problemas ni cortes de corriente. Ahora vemos que eso lo hacía Sadam para humillarnos y recordarnos que estábamos en sus manos».



HUÉRFANOS. Niños cuyos padres han perecido en los combates lloran en un hospital de Bagdad. / EFE

Los enfermeros tienen que defender los hospitales fusil en mano en barrios de Bagdad

La ausencia de gobierno y la pasividad que muestran los soldados estadounidense sumen a la capital iraquí en un incontrolable caos y en una marea de violencia



ALBERTO SOTILLO
ENVIADO ESPECIAL
Bagdad

Zaura es uno de los barrios más pobres de Bagdad. Siempre ha tenido fama de bronco. Pero lo que no esperábamos era la imagen de seis enfermeros con sus respectivas batas verdes defendiendo con los rifles en la mano las puertas del hospital del distrito. En éstos días en los que ni hay Estado ni autoridad alguna hay impunidad para cualquier exceso. Pero lo de los sanitarios amparando a sus enfermos fusil en ristre da idea del temor y la incertidumbre que recorre a esta zona, de donde parten muchas de las oleadas de alegres saqueadores que recorren Bagdad, pero que también ha sido víctima de peligrosas bandas de extremistas y voluntarios extran-

jeros venidos para defender a Sadam.

Y es que la falta de Estado y el desentendimiento de los marines de cualquier tarea relacionada con el mantenimiento del orden amenazan con sumir a Bagdad en un caos que podría provocar graves penurias materiales si no se controla pronto la situación. La mayoría de los saqueos, por ahora, se centran en asaltar las sedes de las antiguas instituciones del Estado en un ambiente verbenero y pacífico. Pero la ausencia de cualquier sombra de ley y orden pone todas las facilidades para que el pillaje se convierta en vandalismo irracional. Se asaltan escuelas y hospitales; hay saqueos que culminan en pavorosos incendios; y los voluntarios extranjeros que acudieron al reclamo de esta guerra hacen lo que pueden para atizar las llamas.

La imposibilidad de recuperar la más mínima normalidad

en la vida diaria impide que se abran las tiendas. Si algún comerciante se atreve a abrir su establecimiento, prefiere acompañarse de un rifle o un guardaespaldas armado. Pero la posesión de armas sí que preocupa a los marines, que detienen a quien quiera que vean con un rifle en la mano. No por preocupación por el orden público, que no entra en su catálogo de misiones recibidas, sino por si se tratara de algún ‘fedayín’ de Sadam o voluntario extranjero. Y si las tiendas permanecen cerradas, las instituciones continúan en paradero desconocido y el desorden sigue imperando en las calles, en los próximos días puede haber penuria de alimentos y productos básicos. Una perspectiva que los iraquíes creían que nunca volverían a vivir, y que ya comienza a ser una realidad en algunos hospitales, que sufren muy graves deficiencias de suministros.

La otra forma de ‘hacer la compra’ en la capital

A. S. BAGDAD

Hasta ahora, apenas se han saqueado tiendas particulares, pero cuando haya necesidad, el pillaje podría convertirse en la única forma de *hacer la compra*. Por el momento, se saquea como el que acude a las rebajas: y lo mismo vale un saco de harina de un almacén del Ejército que el cuaderno de contabilidad de un

Ministerio. Pero si las tiendas siguen cerradas o desabastecidas, si no hay manera material de regresar al trabajo de cada día y volver a ganar un salario, el saqueo puede convertirse en el único medio de abastecimiento material. Las autoridades militares norteamericanas, eso sí, parecen haber adquirido un primer grado de conciencia de que existe un cierto proble- ma des-

pués de que ayer se entrevistara el teniente coronel Peter Sarkoni con representantes de la Cruz Roja para abordar cuestiones relacionadas con la reconstrucción del país.

Un caso ejemplar de la situación vivida durante estos días es la existente en el Ministerio del Interior, donde los marines custodian e impiden la entrada en la propia sede –en la que mantienen a un grupo de prisioneros–, pero no ponen el menor reparo a que los saqueadores arramblen con todo lo existente en los edificios colindantes.